

Ciencias sociales: balance y perspectivas desde América Latina

Pampa Arán y
Marcelo Casarin
(coordinadores)



Ciencias sociales: balance y perspectivas
desde América Latina



Ciencias sociales: balance y perspectivas desde América Latina

Pampa Arán
Eduardo Oscar Audisio
Dora Barrancos
Rafael Blanco
Jorge Horacio Bruzzone
Marcelo Casarin
Oscar Armando Castro López
Eduardo A. Escudero
Laura Golovanevsky
Carolina Justo von Lurzer
Cecilia Lesgart
Félix Raúl Eduardo Martínez Cleves
Daniela Monje
Cristina Ochoviet
Renato Ortiz
Ramón Sanz Ferramola
Ruth Sosa

Colección Posdoc

La colección POSDOC fue creada por Francisco Delich, en el año 2012, con la finalidad de difundir los resultados del programa posdoctoral del Centro de Estudios Avanzados que él mismo fundó y dirigía. Los tres primeros títulos, publicados por la editorial Comunicarte, son los siguientes: *Marx, ensayos plurales* (2012), *Muerte del sujeto y emergencia subjetiva* (2014) y *Economía, política y sociedad* (2017). A partir del número 4 la colección continúa bajo el sello editorial del Centro de Estudios Avanzados.

La desigualdad: sus dimensiones e implicancias en la era digital

Laura Golovanevsky

Introducción

Pobreza, desigualdad, exclusión, vulnerabilidad, han sido diferentes conceptos desde los cuales las ciencias sociales se han aproximado a la problemática de las carencias que atraviesa y ha atravesado a lo largo de la historia gran parte de la población mundial. Tales carencias, que abarcan aspectos materiales de la vida, pero también otros que hacen al ejercicio de derechos (de ciudadanía, sociales, vinculados al género, entre otros) y dimensiones simbólicas, culturales y subjetivas, componen un conjunto que, si bien difícil de asir, imbrica en sus interacciones e intersecciones las condiciones de vida de la población.

La pobreza en general ha sido abordada por sociólogos y economistas desde dos enfoques: como pobreza absoluta y como pobreza relativa. La definición de pobreza parte de un juicio de valor acerca de cuáles son los niveles de bienestar mínimos a los que debe tener acceso un ser humano, cuáles son las necesidades básicas cuya satisfacción es indispensable¹. Esto implica la referencia a alguna norma sobre las necesidades básicas y su satisfacción que permita discriminar entre quiénes son considerados pobres y quiénes no. Tales niveles de bienestar y tales necesidades consideradas básicas varían para las distintas sociedades y culturas; por ende la fijación de estas normas siempre resultará arbitraria, e insatisfactoria para algunos. Entonces, el concepto de pobreza es esencialmente normativo. Pero, además, este debe referirse al estilo de vida predominante en la sociedad, que crea los deseos e impone las expectativas que dan origen a las necesidades. Aun así existe una dimensión absoluta de la pobreza que, sin escapar

al contexto, no puede definirse solo en función de él. Esta dimensión puede verse como un núcleo irreducible de privación absoluta, “que traduce manifestaciones de indigencia, desnutrición y penuria visible en un diagnóstico de pobreza sin tener que indagar primero la escena relativa” (Sen, 1978: 11).

El concepto de exclusión social, por su parte, surge en el campo académico en Europa hacia mediados de los 60, considerando como excluidos a quienes quedaban al margen del progreso. Su raíz puede encontrarse en la concepción durkhemiana de cohesión social. Inicialmente, como la exclusión era un fenómeno de pequeñas dimensiones, el término tuvo una circulación limitada (Nun, 2001). Fue recién en los denominados “treinta gloriosos” años que siguieron a la segunda posguerra (1945-1975), cuando la disolución del modelo fordista trajo el concepto de exclusión social a un lugar trascendente en el debate europeo, particularmente en Francia. En aquella época dejó de considerarse un problema de grupos periféricos y desviados (como discapacitados, migrantes o delincuentes) para convertirse en una situación que afectaba a segmentos activos y claves dentro de la sociedad (De los Ríos, 1996). El término exclusión reaparece en un lugar central a comienzos de los 90, cuando los cimientos de la sociedad salarial se habían desgastado y el empleo se había vuelto cada vez más precario, particularmente en Argentina (Bergesio y Golovanevsky, 2005). En este contexto la idea de exclusión social enfatiza “la multiplicación de los individuos que ocupan en la sociedad una posición de supernumerarios, inempleables, desempleados o empleados de manera precaria, intermitente” (Castel, 1997: 13). Para muchos de ellos, “el futuro tiene el sello de lo aleatorio” (Castel, 1997: 13).

La noción de vulnerabilidad social tiene su origen en estudios sobre desastres naturales y en diversos análisis acerca de cómo las comunidades rurales pobres enfrentan las consecuencias de eventos socioeconómicos traumáticos. Al incorporar un carácter dinámico, el concepto de vulnerabilidad da lugar a una mirada más amplia e integral de los fenómenos sociales². La relevancia del enfoque de vulnerabilidad social se relaciona con la posibilidad de captar la forma y las causas por las que diversos grupos sociales están sometidos a eventos y procesos que atentan contra su capacidad de subsistencia, su acceso a mayores niveles de bienestar y el ejercicio de sus derechos ciudadanos (Busso, 2002). Como una primera aproximación, la vulnerabilidad

puede definirse como la exposición a un riesgo más la capacidad para enfrentarlo. Así, incluye aspectos tales como indefensión, inseguridad, exposición a riesgos, shock y estrés debido a eventos socioeconómicos traumáticos, y a esto el análisis sobre vulnerabilidad le agrega la disponibilidad de recursos y las estrategias para enfrentar estos eventos, que pueden surgir desde el interior del propio grupo o pueden deberse a un apoyo externo.

Este artículo se focaliza en el concepto de desigualdad, considerando, como plantea Kessler (2014), que por su carácter relacional la desigualdad permite reubicar otros conceptos, como el de pobreza o el de exclusión, dentro de la dinámica social, entendiéndolos asimismo como un subproducto de las inequidades. Además, la desigualdad como concepto tiene una larga trayectoria histórica, que hunde sus raíces en los debates filosóficos que involucran la idea de justicia. De esta manera, el concepto de desigualdad vincula la cuestión social que está en su trasfondo, con discursos de tipo filosófico y político, incluyendo los principios de justicia y la noción de ciudadanía, entre otros (Kessler, 2014). A su vez, el impacto de las nuevas tecnologías, rasgo central de nuestro tiempo, se aprecia más cabalmente si se lo enfoca desde el concepto de desigualdad que desde los precedentemente mencionados de pobreza, vulnerabilidad y exclusión³.

En los próximos apartados se recuperan aportes centrales a la temática de la desigualdad, así como algunos de los debates recientes en el ámbito latinoamericano y se discute un abordaje multidimensional de la misma. En particular, nos interesa destacar las dimensiones simbólicas y culturales, y dejar planteado, como interrogante, la posibilidad de que, en un mundo que se ha “encogido” debido a las nuevas tecnologías, la difusión y el acceso a la información puedan ser una nueva fuente de pobreza subjetiva.

La desigualdad y su abordaje multidimensional

En una rápida mirada, el debate sobre igualdad y desigualdad en el pensamiento social moderno se remonta a John Locke (a finales del siglo XVII) en la tradición liberal y a Jean Jacques Rousseau (a mediados del siglo XVIII) en una visión de corte social, que se reflejaría posteriormente en el espíritu de la Revolución Francesa de 1789 (Reygadas, 2008). Pese a esta rai-

gambre tan antigua, la definición de qué se considera justo, o igualitario, o injusto, está lejos de ser unívoca.

Enfrentando a Locke, que defendía la propiedad privada, Proudhon afirmaría que “la propiedad es un robo”. Luego Marx y otros pensadores marxistas apuntarían al capitalismo como el origen de las desigualdades, inspirando así las revoluciones socialistas del siglo XX. Quienes no acordaban con el socialismo lo acusaban de ser un sistema injusto, al limitar las libertades individuales, e ineficaz al anular la iniciativa y la libre competencia (Reygadas, 2008).

En el siglo XXI el debate sobre la desigualdad ha renacido con fuerza. Se discute si las políticas neoliberales de las últimas décadas del siglo XX, sumadas al fenómeno que significó la globalización, han llevado a reducir la desigualdad o si han contribuido a incrementarla. En este sentido, el impacto de las nuevas tecnologías sobre la desigualdad también es tema de debate, al igual que la desigualdad social, de género, étnica y las relaciones interculturales. Se discute tanto qué tipo de igualdad sería necesaria como cuáles son los factores que contribuyen a aumentar la desigualdad. También se plantea si la igualdad es prioritaria frente a otros valores como la libertad o la justicia y, en particular, se propone discutir cuál sería la igualdad que se persigue, porque esta tiene múltiples dimensiones, tales como igualdad de ingresos, de derechos, de oportunidades, de libertades para lograr los fines que uno se propone, entre otras. Y por tanto sería imposible lograr igualdad en todas las dimensiones de manera simultánea (Reygadas, 2008).

Las ciencias sociales han pensado la desigualdad ya sea de manera directa o a través de debates en torno a “la justicia, la estratificación social, la explotación, la diferencia, la discriminación, la equidad, la exclusión y la desconexión” (Reygadas, 2008: 12).

A nivel internacional, desde la economía se han desarrollado diferentes herramientas teóricas “para entender cómo las relaciones capitalistas generan concentración del ingreso dentro de las sociedades y profundas asimetrías entre los países” (Reygadas, 2008: 18). En el terreno de la sociología, merced a los estudios de Weber (1922) se cuenta con formas de reconocimiento de monopolios sobre los recursos y diferencias de estatus; con el trabajo de Bourdieu (1988) “se han develado los sutiles dispositivos simbólicos que sostienen la distinción social y reproducen la distribución clasista del capital cultural” (Reygadas, 2008: 18); Foucault (1980) “ha mostrado

los resortes microscópicos del poder que sostienen el autoritarismo y la exclusión” (Reygadas, 2008: 18). Por su parte Tilly ha incorporado una perspectiva relacional que nos permite comprender las categorías que, por pares, dan base a buena parte de las desigualdades.

Al respecto, Tilly (2000) se basa en lo que denomina las desigualdades categoriales, preocupándose en aquellas que son persistentes, puesto que “todas las relaciones sociales implican desigualdades pasajeras y fluctuantes” (Tilly, 2000: 20), siendo aquellas que perduran las que requieren mayor atención. Este tipo de desigualdades persistentes surgen porque quienes tienen el acceso a los recursos capaces de generar valor resuelven problemas organizativos basándose en distinciones categoriales (blanco/negro, varón/mujer, ciudadano/extranjero, musulmán/judío). Establecen así sistemas de cierre, exclusión y control, que se basarán en buena medida en las instituciones existentes.

Uno de los aportes centrales de Tilly a los estudios sobre la desigualdad es su reconocimiento de los mecanismos por los cuales las personas establecen sistemas de desigualdad categorial: la explotación y el acaparamiento de oportunidades. A esto le agrega otros dos mecanismos que refuerzan la eficacia de las desigualdades categoriales: la emulación y la adaptación. Critica los análisis que explican la desigualdad partiendo de características individuales, puesto que omiten considerar la estructura social de la desigualdad y la interacción social en la cual los individuos se desenvuelven. Esto es particularmente notable en el caso de la economía, que pasó de la mirada clásica de Smith, Ricardo y Marx (por mencionar algunas de las figuras más conocidas) que analizaba la desigualdad en términos de categorías y las relaciones entre ellas (tierra, trabajo y capital, con énfasis diferentes según el autor), a la mirada neoclásica, que quitó la atención de las categorías para llevarla a los individuos y los mercados. Así, la desigualdad categorial es reducida a causas y efectos individuales, vistos como las elecciones que realizan los individuos entre alternativas bien definidas, dedicando poco interés al estudio de “los procesos mediante los cuales estas elecciones generaban consecuencias, de los efectos indirectos y ambientalmente mediados, de las situaciones de elección que no cumplían estas condiciones y de la influencia de los significados compartidos sobre la acción” (Tilly, 2000: 43).

Este efecto parece haber llegado a la sociología, que al adoptar modelos de movilidad y desigualdad basados en la obtención de estatus, acentuó el cambio de los efectos colectivos a

los individuales, dando lugar al “trabajo destructivo más brillante de la historia de la sociología” (en palabras de Arthur Stinchcombe, citado en Tilly, 2000: 45).

En el caso de los análisis individualistas de la desigualdad, su atractivo reside, al igual que la economía neoclásica, en algunas simplificaciones, las que unidas al recurso explicativo que enfatiza la toma individual de decisiones y la eficiencia y la no inclusión de cuestiones tales como las creencias, las pasiones, la cultura y la historia (que no hacen más que complejizar los estudios), da lugar a análisis más sencillos, pero que fracasan (Tilly, 2000). Porque las decisiones, más allá de que sean individuales, se toman en el marco de relaciones sociales existentes, en una determinada estructura y con una historia determinada. Pero no es sencillo desplazar al “bien desarrollado aparato del análisis individualista” (Tilly, 2000: 49). Esto es particularmente notorio en los estudios sobre los logros ocupacionales, en los que es común tomar como factores explicativos a las características individuales de la población, achacando, por ejemplo, la falta de empleo o la obtención de empleos de baja calidad a la poca capacitación o calificación de los individuos (sin considerar que esta capacitación deficiente puede originarse, en realidad, en su situación dentro de la estructura social, en su historia familiar, en su capital social y cultural, por solo nombrar algunas posibles causas).

Entonces, según Tilly los mecanismos por él propuestos para entender cómo se establecen los sistemas de desigualdad categorial y cómo se refuerzan (explotación, acaparamiento de oportunidades, emulación y adaptación) han sido los que han promovido “a lo largo de milenios la mayor parte de la desigualdad que los historiadores atribuyen por lo común a diferencias individuales de capacidad o emprendimiento” (Tilly, 2000: 240).

En América Latina la reflexión de las ciencias sociales sobre la desigualdad tiene una larga tradición, desde Mariátegui (1928), pasando por Germani (1962), Cardoso y Faletto (1969) hasta llegar a García Canclini (2004). Sin olvidar los estudios cepalinos, que subrayaban los obstáculos al desarrollo y el intercambio desigual con los países industrializados entre los factores que explicaban la desigualdad de ingresos, al igual que lo hacían, aunque desde una postura más radical, los teóricos de la dependencia. En la década de los 80 y 90, cuando las políticas neoliberales dieron lugar a un incremento de la desigualdad, los estudios sobre la temática perdieron la conexión que los trabajos previos mantenían entre las distintas dimen-

siones de la desigualdad, desarrollándose entonces análisis a partir de mediciones económicas de estratificación y distribución del ingreso, por un lado, y desigualdades de género y étnicas, por el otro.

Reygadas propone recuperar la riqueza que los trabajos latinoamericanos previos a los 80 y 90 tenían, al analizar de manera conjunta e interrelacionada “los aspectos económicos, políticos, sociales y culturales de las desigualdades” (2008: 16). Pero para recuperar esta mirada multidimensional se debe “entender la desigualdad como un proceso de construcción social” (2008: 16), reconociendo que “la desigualdad es una cuestión «esencialmente disputada»” (Reygadas, 2008: 13). En particular, en su obra Reygadas se propone estudiar “cómo se produce la desigualdad social en la época de la globalización” (2008: 10), tomando en cuenta “los procesos económicos, políticos, sociales y culturales que inciden en la distribución asimétrica de bienes valiosos” (2008: 10). Para ello postula un enfoque propio, al que denomina de la apropiación-expropiación, el cual “concibe la desigualdad como la distribución asimétrica de las ventajas y desventajas en una sociedad, que es resultado de relaciones de poder mediadas culturalmente” (2008: 38-39).

Reygadas postula la necesidad de estudiar los mecanismos que generan la desigualdad, más que establecer las tendencias hacia ella (o hacia la igualdad). Como “la desigualdad es un proceso” (2008: 52) no basta con describir la distribución de los bienes, sino “explicar los procesos, mecanismos, flujos, acciones e interacciones que generan dicha distribución” (2008: 52). En suma, la desigualdad social resulta de un “complejo de procesos de apropiación-expropiación moldeados por construcciones simbólicas y relaciones de poder en contextos históricos específicos” (2008: 53).

Pérez Sáinz (2014), por su parte, propone su propio marco analítico para la desigualdad, con el objetivo de estudiarla en América Latina. Señala que el mismo se encuentra inspirado en la tradición radical y, en ese sentido, a las preguntas ¿desigualdad de qué? y ¿desigualdad entre quiénes? a las que el enfoque liberal respondería ingresos e individuos, Pérez Sáinz contesta: a la primera, “poder en los mercados básicos para la generación y apropiación de excedente” (2014: 68) y a la segunda, “además de entre individuos, también entre pares de grupos categóricos (de género, etnia/raza, territorialidad, etc.) y, sobre todo, entre clases sociales”

(2014: 68). En el campo de las hipótesis atinentes a la desigualdad, Pérez Sáinz postula que “el acaparamiento de oportunidades de acumulación en América Latina ha sido el privilegio de unos pocos y la gran mayoría de los pequeños propietarios han sido excluidos de tales oportunidades” (2014: 100). Además, las desigualdades de excedente se han mantenido a lo largo del tiempo. En relación a esto, su otra hipótesis vincula la existencia de frágiles dinámicas interindividuales en los mercados básicos con el hecho de que los procesos de ciudadanía, especialmente social, han sido limitados en América Latina.

Pérez Sáinz (2014) considera que al focalizar el estudio de la desigualdad en los ingresos en realidad se elude discutir la distribución primaria, que es aquella en la cual se dirime la generación de ingresos. Por eso, propone poner el eje del análisis en los mercados básicos, de factores de la producción, en los cuales se generan los ingresos y cuyas situaciones de desigualdad de poder dan lugar a la apropiación del excedente mediante la explotación o el acaparamiento.

La desigualdad de ingresos ha sido la forma más común de abordar el estudio y análisis de la desigualdad. En las sociedades capitalistas es por medio del dinero que se accede a los diferentes bienes y servicios que explican las condiciones de vida de hogares e individuos. Por tanto, la postura de numerosos estudios ha sido examinar solo las desigualdades de ingresos, lo que en cualquier caso sería una buena aproximación a las desigualdades en otras esferas, que estarían relacionadas con los ingresos (Kessler, 2014). Además, la desigualdad de ingresos resulta cuantificable por medio de diversos indicadores con mayor facilidad que otras dimensiones que, por sus características, requieren abordajes más cualitativos. Sin embargo, el creciente descontento con esta mirada unidimensional ha llevado a desarrollar un abordaje multidimensional de la desigualdad.

Puede enfocarse la desigualdad en términos de educación, salud, vivienda, empleo, protección social, medio ambiente, justicia, género, diversidad, entre otros. En ese sentido, puede recurrirse a una batería de variables que permiten aproximarse a tales ámbitos y comprender diferentes aspectos de la desigualdad⁴.

Otro aspecto a considerar es que la desigualdad implica estudiar no solo la pobreza, sino también la riqueza, haciendo foco en las articulaciones entre ambas. Además de esta mirada,

la multidimensional también puede interpretarse en el sentido de que el concepto de desigualdad articula el análisis económico de los mercados, la estratificación social, las relaciones de poder, la desconexión, entre otros aspectos. Requiere por lo tanto el uso de conceptos y categorías de distintas disciplinas dentro de las ciencias sociales, tales como la economía, la sociología, la antropología, la historia, la ciencia política y la comunicación, así como también el aporte de los estudios culturales y de género (Reygadas, 2008). Se agrega que la desigualdad se observa en diferentes planos, micro, meso y macrosocial; es decir, a nivel de los individuos, de las instituciones y de los agregados sociales más amplios (Reygadas, 2008). Si bien anteriormente la mayoría de los estudios se concentraba a nivel de los individuos o de los agregados, en los últimos tiempos han comenzado a desarrollarse con mayor fuerza enfoques relacionales como los de Bourdieu (1988) o el ya mencionado de Tilly (2000), que permiten recuperar el importante rol de las interacciones sociales en la producción y reproducción de la inequidad (Tilly, 2000). Interacciones que involucran factores económicos, políticos y simbólicos, generadores de las asimetrías que devienen en la desigualdad.

Las dimensiones simbólicas y culturales de la desigualdad y la era digital

Coincidimos con Reygadas en que “los procesos simbólicos son un componente fundamental de la construcción de la igualdad y la desigualdad” (2008: 35), puesto que la distribución de los bienes (y servicios) se produce luego de atravesar los filtros que proporciona la cultura, “cuyos procesos de valoración, clasificación, jerarquización, distinción, contra-distinción, equiparación y diferenciación inciden en la determinación de la cantidad y la calidad de los beneficios que cada individuo y cada grupo recibe en una sociedad” (Reygadas, 2008: 35). Entonces, la cultura será un elemento central de la desigualdad, junto con factores de índole económica y política.

Tanto las interacciones entre individuos como aquellas entre individuos y grupos se encuentran mediatizadas por la cultura. Si bien muchas de estas interacciones pueden ser esporádicas, una parte importante de ellas corresponden a secuencias estructuradas que tienen lugar dentro de espacios colectivos, desiguales, atravesados por relaciones de poder (Reygadas, 2008).

La forma en que se relacionan los símbolos, el poder y los grupos sociales ha sido abordado en reiteradas oportunidades desde las ciencias sociales. Primero Durkheim y Mauss, hablando sobre las clasificaciones primitivas, lo que implica ordenar, agrupar y separar objetos, definiendo jerarquías, que al ser analizadas en el contexto de relaciones de poder y de distribución de recursos llevan de manera directa al estudio de la desigualdad. Luego Weber, con su idea de los cierres sociales, relaciona las operaciones simbólicas con los requisitos para pertenecer a un grupo con un determinado estatus (que puede ser positivo o negativo). Este es un hecho cultural, más allá de su posible asociación con situaciones económicas y políticas determinadas.

Otros abordajes han partido de analizar las estructuras simbólicas a partir de las cuales “una sociedad distingue lo impoluto, lo limpio y lo inmaculado de lo contaminado, sucio o manchado” (Douglas, 1984, citado en Reygadas, 2008: 67), porque es a través de ellas que puede aprenderse acerca de las estructuras de tal sociedad. Con otra perspectiva, Goffman plantea la noción de estigmas, como aquellos que marcan “de manera profunda a quienes los sufren y definen el tipo especial de relaciones que se debe establecer con ellos” (Goffman, 1986, citado en Reygadas, 2008: 67). Lógicamente, Bourdieu (1988) con su análisis del gusto como forma sutil de diferenciación de clases en las sociedades contemporáneas, y las nociones de hábitus y *capital*, es una referencia ineludible y fundante en el análisis de los aspectos culturales y simbólicos de la desigualdad.

En suma, “los símbolos y el poder desempeñan un papel fundamental en la creación y reproducción de las desigualdades” (Reygadas, 2008: 71), ya que aún aquellas que no tienen un origen cultural van a pasar por el filtro de los entramados simbólicos.

En este contexto, ¿qué características adquiere la desigualdad en la era digital? Al respecto hay una visión optimista, que considera que con Internet se avanzará hacia una sociedad más igualitaria (Gates, 1995; Negroponte, 1995), puesto que ofrece oportunidades de inclusión y amplía las posibilidades de comunicación entre los hombres. Según esta visión, si bien en una primera etapa sus beneficios solo llegan a sectores determinados de la sociedad, se producirá luego el “derrame” y sus ventajas se propagarán al conjunto social.

Frente a este enfoque, se presenta una narrativa pesimista, que considera que “las nuevas

tecnologías producen nuevas desigualdades” (Reygadas, 2008: 193). En lugar del efecto derrame postulado por la vertiente optimista, se daría origen a una “brecha digital”, de difícil superación, puesto que acceder a las computadoras y a la conexión a Internet requiere dinero y habilidades de las cuales la mayoría de la población carece.

Más que una dinámica propia en la “producción” de desigualdades, lo que las nuevas tecnologías parecen reforzar son las desigualdades previas: “la geografía de la desigualdad digital es muy similar a la geografía social” (Reygadas, 2008: 193). Sin desconocer este hecho, parece ahora más difícil sostener una división entre “centro” y “periferia”, cuando desde diferentes sitios se miran los mismos videos y se utilizan los mismos programas “bajados” de la red. Aunque en cada uno de estos lugares, particularmente en la periferia, hay solo un pequeño grupo de individuos con acceso a este tipo de bienes culturales. Sumado a esto, por lo general los centros de producción de los contenidos que circulan están localizados en el “centro” (y en pocas ciudades), al igual que la conexión y alojamiento de sitios web, mientras que la chatarra electrónica se almacena en África.

Es que en el mundo digital las fronteras convencionales resultan difuminadas. “En la Internet no hay un centro y por lo tanto, tampoco una periferia” (Trejo Delarbre, 2001, párr. 29). El pequeño número de quienes tienen acceso regular a Internet en los países menos desarrollados “pueden jactarse de haber roto barreras geográficas, culturales y geopolíticas ya que cuentan —o al menos hipotéticamente pueden contar— con acceso a la misma información que los canadienses, británicos y japoneses conectados a la red” (Trejo Delarbre, 2001, párr. 29). Este reducido grupo en realidad constituye una nueva élite (un “centro” en sí mismo) respecto “de la nutrida y desatendida periferia de ciudadanos formales sin ciudadanía cultural que no tienen acceso a esos y otros recursos culturales y en materia de información” (Trejo Delarbre, 2001, párr. 29). Si bien Internet se ha expandido con gran rapidez, sobre todo en América Latina, llegará un límite para esta expansión, límite que depende de los intereses de las empresas proveedoras del servicio. El flujo de información sigue siendo entonces muy desigual, a partir de la brecha digital antes mencionada, y profundiza las desigualdades ya existentes. Las grandes mayorías sufrirán “una nueva marginación, la marginación informática” (Trejo Delarbre, 2001, párr. 29). En un mundo desigual, se agrega un nuevo factor de

desigualdad, aunque esto no es fruto de un determinismo tecnológico: “En la mayoría de los casos los cambios tecnológicos se han engarzado con dinámicas desigualitarias y excluyentes” (Reygadas, 2008: 206). Pese a los esfuerzos “por hacer llegar Internet a regiones apartadas y a grupos excluidos [...] la batalla sigue siendo muy dispareja” (Reygadas, 2008: 199).

El concepto de brecha digital se ha ido modificando con el paso del tiempo. Primero se refería sobre todo a problemas de acceso a la conexión a Internet, luego la preocupación apunta a las capacidades y habilidades que se requieren para el uso de las nuevas tecnologías, y más recientemente se relaciona con el uso de los recursos integrados en la tecnología, de manera que el concepto de brecha digital incorpora cuestiones tanto de infraestructura, como de capacitación y uso de recursos (Tello, 2007). Si bien puede facilitarse el acceso al “capital informático objetivado” (en términos de equipos y conexiones), la desigualdad en el “capital informático incorporado” (que abarca manejo de software pero también nivel de lecto-escritura y capacidad de manejo y búsqueda de información, entre otros) refuerza la dialéctica entre igualdad y desigualdad (Reygadas, 2008: 201). Si bien se reproducen y amplían las viejas desigualdades, “una transformación tecnológica abre un período de reajuste en el que pueden modificarse las desigualdades previas” (Reygadas, 2008: 201). Así, entre los jóvenes la brecha digital es menor que entre los grupos de mayor edad, aunque esto no se traduce, por ejemplo, en una brecha menor en el acceso al empleo.

En cualquier caso, el predominio de las redes puede invisibilizar “formas anteriores de mercantilización y explotación –que no desaparecieron– y engendra otras” (García Canclini, 2004: 79). En este marco, parece relevante analizar otro aspecto aun no mencionado de la desigualdad: las desigualdades imaginadas. Interesa recuperar las percepciones acerca de la desigualdad, que llamaremos desigualdad subjetiva, y que permite aproximarse a la tolerancia a la desigualdad.

En ese sentido, en una investigación acerca de cómo son vistas en el imaginario de los pobres la computadora e Internet como estrategia de inclusión social, Winocur (2005) señala que el acceso a las nuevas tecnologías de la información aparece como una necesidad indiscutible en el imaginario de los jóvenes y sus familias (especialmente en el ámbito urbano). Su carencia se asocia a la diferenciación social con quienes tienen acceso, pero también con

el peor desempeño escolar y con la idea de “no ser nadie”. En el imaginario de los sectores populares el acceso a la computadora y a Internet se asocia a experiencias previas en el “no acceso” a otros bienes culturales y el manejo eficiente de ambos aparece como posibilidad cierta de progreso y obtención de buenos empleos en el futuro. Este imaginario organiza y reorganiza los sentidos, las expectativas y las demandas, como ya ocurrió con otras tecnologías mediáticas previamente, y esto impacta en diversas esferas de la vida privada y también en la esfera pública (Winocur, 2005).

En términos más generales, un estudio realizado en Costa Rica señala que si bien la desigualdad objetiva es muy estudiada, algunas investigaciones muestran que la desigualdad subjetiva tiene fuertes efectos sociopolíticos (Universidad de Costa Rica y PNUD, 2015). Estudian entonces las percepciones acerca de la desigualdad, que consideramos no deberían ser dejadas de lado en una evaluación y aproximación a la temática. En particular, pensando en términos de la era digital, entendemos que se abren de alguna manera dos cuestiones: las nuevas tecnologías vistas como una vía de acceso a contenidos similares a los que se acceden en los países desarrollados (y la consiguiente discusión antes esbozada) y por el otro, cómo este mayor acceso a la información podría generar mayor percepción de desigualdad, así como mayor zozobra y angustia (al tener acceso casi inmediato a información de lugares y personas alejadas, así como a la ostentación de los ricos en este mundo más “pequeño”). Y cómo esto podría impactar en mayores dificultades en la convivencia social y en la consciencia de este nuevo aspecto de su pobreza por parte de sectores que antes podrían no tenerla. Es decir, en la actualidad no alcanzaría con cubrir las necesidades materiales para no sentirse pobre, sino que también habría que considerar la comparación (más cercana y posible) con los consumos de otros grupos, que se volverían entonces “necesarios”, aunque ahora más en el plano subjetivo.

Reflexiones finales

La desigualdad es un fenómeno multidimensional, en el que operan factores económicos, políticos, sociales, culturales y simbólicos, y que se construye en distintos ámbitos (individuales, institucionales y colectivos). No puede explicarse la desigualdad basándose en capa-

idades y características personales y omitiendo la relevancia de las instituciones, las estructuras socioeconómicas, la historia, la política y la cultura. Ni tampoco puede ignorarse lo que Reygadas denomina la dialéctica entre igualdad y desigualdad, que implica que no todas las tendencias operan en el mismo sentido, y que así como hay fuerzas poderosas que favorecen la desigualdad, también se observan procesos “promisorios”, menos poderosos sin duda, que operan en sentido inverso.

Cabe destacar que al reunirse desigualdades en el plano económico con discriminaciones de tipo social (étnicas, de género, entre otras) las desigualdades se refuerzan y resultan más persistentes. La desigualdad también se acentúa cuando se dan procesos duales, como la existencia de un polo económico dinámico y otro atrasado, generándose empleos de calidad en el primero y de baja calidad, informales, en el segundo. Cuando quienes no ingresan al circuito productivo de mayor calidad deben “rebuscársela” en las calles, inventando su propio puesto de trabajo. No pueden darse el lujo de no trabajar y acceden entonces a formas de ganarse la vida mediante empleos de baja productividad y mala calidad.

Esta misma dualidad puede observarse en las organizaciones al interior del polo dinámico, con altos ingresos en la cúpula de la pirámide salarial y menores remuneraciones en los estamentos inferiores. También la dualidad en la producción primaria, donde empresas de elevada productividad y abundante capital coexisten con explotaciones familiares que operan al nivel de subsistencia. Y la misma escena se reproduce en los que deberían ser mecanismos de compensación de estas mismas desigualdades. En particular, esto es notable en el sistema educativo, donde los sectores más pobres acceden a educación pública de menor calidad, aun cuando sectores medios también acuden a la educación pública, pero en circuitos mejor calificados. Otro mecanismo compensatorio, como el de la salud pública, también está deteriorado, y quienes acuden a él, más allá de la calidad de los profesionales, son atendidos por lo general en estructuras deficitarias y con fuertes demoras, salvo las urgencias más acuciantes, que sí suelen ser atendidas. Todo esto conforma un escenario de desigualdad omnipresente, en cada una de las dimensiones en que opera la vida cotidiana de individuos y familias.

La desigualdad es el resultado de un proceso histórico, en el cual la apropiación de los bienes considerados valiosos se da bajo determinadas condiciones, que poco tienen que ver

con las condiciones individuales de quienes se encuentran en el lado desfavorecido de las situaciones de inequidad.

En este marco, la llegada de la era digital dio lugar a nuevas desigualdades, que operaron primero a través de los canales tradicionales de las desigualdades previamente existentes, para luego morigerarse e, inclusive, en algunos casos, dar lugar a procesos que podrían resultar en mayor equidad, aunque siempre en la dialéctica igualdad/desigualdad ya mencionada. Aun así hay regiones y sectores que permanecen desconectados y servicios digitales a los que solo acceden los sectores más favorecidos. Y esta desconexión tiene un peso creciente en la desigualdad.

Como señala García Canclini,

en las relaciones clásicas de explotación el poder se obtenía gracias al reparto desigual de bienes estables, fijados territorialmente: la propiedad de la tierra o de los medios de producción en una fábrica. Ahora el capital que produce la diferencia y la desigualdad es la capacidad o la oportunidad de moverse, mantener redes multiconectadas. Las jerarquías en el trabajo y en el prestigio van asociadas, no solo a la posesión de bienes localizados sino al dominio de recursos para conectarse (2004: 76).

Este predominio de las redes en realidad no elimina las desigualdades previas, pero de alguna manera las invisibiliza y profundiza. En particular, la forma en que se produce el acceso a las industrias culturales, especialmente a los bienes interactivos, al ser segmentado y desigual, ensancha las distancias y da lugar a menores posibilidades de integración. Pero reducir la brecha digital, si bien “puede aminorar algunas desigualdades, ante todo las que generan el acceso inequitativo a los mensajes y bienes ofrecidos en el ciberespacio [al dar lugar a] mayor multilingüismo y policentrismo [puede provocar que] se fortalezcan las diferencias y persistan desigualdades asociadas a ellas” (García Canclini, 2004: 194).

Recuperar el valor de una sociedad más equitativa resulta central. Y en estos tiempos de globalización e Internet, en un mundo “encogido” por las TIC, no alcanza con cubrir las necesidades básicas a las que usualmente estábamos acostumbrados. Muchos se sienten pobres aun no siendo “estrictamente” pobres, al menos en términos materiales. En realidad es la de-

sigualdad la que impacta en esta “sensación” de pobreza, la pobreza relativa. La desigualdad con sus múltiples dimensiones, y que así debe ser abordada, y así debe ser atendida. No solo importan las dimensiones materiales, sino que cobran fundamental relevancia las dimensiones simbólicas, espaciales y relacionales, que contribuyen a crear, mantener y reproducir las desigualdades. Las dimensiones subjetivas y culturales toman un lugar central, que nos permite abordar, entre otras cuestiones, el impacto de la desigualdad en términos de la propia convivencia en sociedad.

En este sentido, se considera una línea a desarrollar las dimensiones culturales y subjetivas de la desigualdad, dado que se discute acerca de los que están “desconectados” y por ende aislados en la cultura globalizada, pero poco se debate acerca de cómo impacta esta pobreza relativa posibilitada por el conocer lo que dispone (y en ocasiones ostenta) el otro. Y cómo juegan en esto las nuevas tecnologías, que dan acceso a información antes impensada.

Notas

1 Esta definición que se menciona sigue trabajos previos de mi autoría, en particular, Golovanevsky (2008), sin por ello desconocer la enorme bibliografía de especialistas al respecto, cuya referencia no se incluye por razones de espacio.

2 En relación al concepto de vulnerabilidad, se sigue Golovanevsky (2008), texto que a su vez toma los aportes de Pizarro (2001), Villa y Rodríguez Vignoli (2002) y Busso (2002), entre otros.

3 En aras de la brevedad, un debate que no se abordará en este escrito es el que se dirime en términos de “igualdad de oportunidades” versus “igualdad de posiciones” (cfr. Dubet, 2011).

4 Esta tarea la realiza Kessler (2014), focalizándose en discutir los cambios en la desigualdad del período 2003-2013 en Argentina.

Bibliografía

- Bergesio, Liliana y Golovanevsky, Laura (2005). “Consideraciones acerca del concepto de exclusión y sus posibilidades de aplicación en el actual contexto argentino”. En Beatriz Guerci de Siufi (Comp.), *Filosofía en el NOA y más allá*. San Salvador de Jujuy: Unidad de Investigación: Gestión Social, Desarrollo Sustentable y Diversidad Cultural/FHyCs-UNJu.
- Bourdieu, Pierre (1988). *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- Busso, Gustavo (2002). “Vulnerabilidad sociodemográfica en Nicaragua: un desafío para el crecimiento económico y la reducción de la pobreza”. *Serie Población y Desarrollo*, N° 29. Santiago de Chile: CEPAL.
- Cardoso, Fernando y Faletto, Enzo (1969). *Dependencia y desarrollo en América Latina*. México: Siglo XXI.
- Castel, Robert (1997). *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Buenos Aires: Paidós.
- De los Ríos, Danae (1996). “Exclusión social y políticas sociales: Una mirada analítica”. *Lecturas sobre Exclusión Social*, Documento N° 31. Santiago de Chile: OIT.
- Douglas, Mary (1984). *Purity and danger. An analysis of the concepts of pollution and taboo*. Londres: Ark Paperbacks.
- Dubet, François (2011). *Repensar la justicia social. Contra el mito de la igualdad de oportunidades*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, Michel (1980). *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta.
- García Canclini, Néstor (2004). *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad*. Barcelona: Gedisa.
- Gates, Bill (1995). *Camino al futuro*. México: McGraw Hill.
- Germani, Gino (1962). *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*. Buenos Aires: Paidós.

- Goffman, Erving (1986). *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Golovanevsky, Laura (2008). *Vulnerabilidad y transmisión intergeneracional de la pobreza. Un abordaje cuantitativo para Argentina en el siglo XXI*. Buenos Aires: Facultad de Ciencias Económicas (UBA), Secretaría de Investigación y Doctorado. Colección de Tesis Doctorales. Año II, N° 1.
- Kessler, Gabriel (2014). *Controversias sobre la desigualdad. Argentina 2003-2013*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Mariátegui, José Carlos (1976 [1928]). *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Barcelona: Crítica, Amauta.
- Negroponte, Nicholas (1995). *Being digital*. Nueva York: Knopf.
- Nun, José (2001). *Marginalidad y Exclusión Social*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Pérez Sáinz, Juan Pablo (2014). *Mercados y bárbaros. La persistencia de las desigualdades de excedente en América Latina*. San José, Costa Rica: FLACSO.
- Pizarro, Roberto (2001). *La vulnerabilidad social y sus desafíos: una mirada desde América Latina. Serie Estudios Estadísticos y Prospectivos N° 6*. Santiago de Chile: CEPAL.
- Reygadas, Luis (2008). *La apropiación. Destejiendo las redes de la desigualdad*. México: Anthropos y Universidad Autónoma Metropolitana.
- Sen, Amartya (1978). *Three notes on the concept of poverty*. Income Distribution and Employment Programme, WEP 2-23/WP65, Working Paper. Ginebra: ILO.
- Trejo Delarbre, Raúl (2001). “Vivir en la Sociedad de la Información. Orden global y dimensiones locales en el universo digital”. *Revista Iberoamericana de Ciencia, Tecnología, Sociedad e Innovación*, 1: 12-14.
- Tello, Edgar (2007). “Las tecnologías de la información y comunicaciones (TIC) y la brecha digital: su impacto en la sociedad de México”. *Revista de Universidad y Sociedad del Conocimiento (RUSC)*, Vol. 4, N° 2: 1-8.

- Tilly, Charles (2000). *La desigualdad persistente*. Buenos Aires: Manantial.
- Universidad de Costa Rica y Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (2015). *Encuesta de Percepciones de Desigualdad (EPEDES-2015)*. San José, Costa Rica: Universidad de Costa Rica, Escuela de Estadística (UCR) y Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo - Costa Rica (PNUD-Costa Rica).
- Villa, Miguel y Rodríguez Vignoli, Jorge (2002). *Vulnerabilidad sociodemográfica: Viejos y nuevos riesgos para comunidades, hogares y personas*. Santiago de Chile: CELADE, CEPAL.
- Weber, Max (1996 [1922]). *Economía y sociedad. Ensayo de sociología comprensiva*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Winocur, Rosalía (2005). “La computadora e Internet como estrategia de inclusión social en el imaginario de los pobres”. *Revista Teoría de la Educación. Educación y Cultura en la Sociedad de la Información*, N° 1, Vol. 6.